

secreto del 5 de abril no dejaba de esperar una diversion operada por treinta ó cuarenta mil suecos sobre el flanco de los rusos. Asi aguardaba impaciente á Mr. de Signeul, anunciado muchas veces, pero que no llegaba nunca.

Al parecer le prometian otra diversion no menos importante las noticias de Turquía. Estas versaban sobre los sucesos que habian motivado el envio del almirante Tchitchakoff junto al bajo Danubio, esto es, sobre la negativa de los turcos á entrar en trato y sobre la renovacion de las hostilidades contra los rusos. Ademas creyéndose los turcos engañados por todos, y queriendo á su vez engañarlos, no dijeron que al negar la Moldavia y la Valaquia, estuviesen prontos por amor á la paz á ceder la Besarabia, y á fin de comprometer á los franceses á entrar inmediatamente en campaña, les prometieron su alianza, que estaban determinados á no conceder nunca. Napoleon, que al dejar á París habia nombrado embajador en Constantinopla al general Andreossy, personage entendido y grave, hizo que se le despacharan instrucciones apremiantes, para celebrar sin demora la alianza con los turcos, anunciando que á la llegada de estas nuevas instrucciones, ya se habrian comenzado las hostilidades. Lisonjeóse de consiguiente de que, llevando ya consigo á los austriacos y á los prusianos contra los rusos, tambien lograria echarles sobre los flancos á los suecos por una parte y á los turcos por otra.

Antes de engolfarse en las regiones septentrionales faltaba arreglar el grande asunto de Polonia, por cuyo motivo parecia empeñada esta guerra. Si alguna vez se ofreció ocasion oportuna para deró-

gar el acto odioso é impolítico de la desmembracion de la Polonia, que Federico el Grande tuvo la audacia de concebir, que Maria Teresa tuvo la debilidad de consentir, que Catalina tuvo la habilidad de proponer, era de seguro esta en que uno de los mas grandes capitanes de los tiempos modernos, no teniendo ya que contar con los coparticipes de Polonia, habiendo ya despojado á Prusia, de la parte que le cupo entonces, y pudiendo indemnizar al Austria de la que aun le pertenecia, marchaba contra la Rusia al frente de seiscientos mil soldados. Una batalla semejante á las ganadas en los campos de Austerlitz, de Jena, de Friedland, debia bastar al parecer ahora. Asi todos esperaban ver reconstituida la Polonia, y aun pensaban que este era el verdadero motivo que ponía una vez mas á Napoleon las armas en la mano. Se engañaban, segun esta narracion ha debido probarlo; pero, empujado á esta nueva guerra, por el doble impulso de su destino y de su caracter, y trasladándose mas allá del Vistula y del Niemen, ¿qué cosa podia hacer mejor que reconstituir la Polonia? ¿Y á qué uso mas noble habia de destinar con efecto estas provincias que una guerra feliz le someteria muy pronto? Todo anunciaba al menos que iba á conquistar la Lithuania y la Volhynia, y podia comprar la Galitzia. ¿No era natural que las incorporase al gran ducado de Varsovia para constituirla en reino? Sin ser uno de aquellos politicos sistemáticos para quienes la restauracion de la Polonia es el grande objeto á que deberian propender sin tregua las naciones de Europa, Napoleon, llevado de nuevo á luchar con Rusia, habia admitido el proyecto de esta restauracion como consecuencia natural

de la guerra á que estaba á punto de lanzarse. Por desgracia, su buen sentido, que en estas empresas temerarias le perseguía como una especie de remordimiento, le permitía esperar muy poco el éxito de esta obra reparadora. Durante su primera campaña de 1807, halló entusiasmo en Posen, en Cracovia, en Varsovia sobre todo, y en algunas grandes ciudades, comunes focos de los sentimientos nacionales, pero en ninguna parte había notado aquel impetu universal é irresistible que pudiera hacer practicable una reconstitucion nacional ¡Y las cosas no habían mudado sensiblemente en 1812! Dividida estaba la alta nobleza, la pequeña arruinada, el pueblo trabajosamente ocupado en luchar contra la miseria, y en todo caso nadie contaba bastante por completo con el triunfo, para arrojarse en cuerpo y alma á la nueva empresa. Añádase, como circunstancia agravante, que el bloqueo continental, especialmente oneroso para Polonia, había adherido muy poco los intereses del país á la Francia, y enagenado enteramente á los judíos, que de tan gran provecho pudieran ser en una guerra á causa de sus recursos comerciales. Casi exclusivamente se hallaba el fervor de los sentimientos polacos en el ejército, parte del cual había lidiado junto á nosotros en Italia, en Alemania, en España, y cuya otra parte, formada bajo el príncipe Poniatowski, bien que siempre en nuestra escuela, había ganado prez el año de 1809 en la defensa del Gran Ducado. Efectivamente ambas estaban llenas de noble ardimiento. A cerca de treinta y seis mil hombres subía el cuerpo fiado al príncipe Poniatowski. Nueve ó diez mil se habían juntado en una division, que, bajo el mando del ge-

neral Grandjean, servía en el cuerpo del mariscal Davout, y un número casi igual en otra division, que, á las órdenes del general Girard, servía en el cuerpo de reserva del mariscal Victor. Finalmente, con el título de legion del Vistula, llegaban de España tres excelentes regimientos, que Napoleon quería colocar en su Guardia. Con algunos depósitos esparcidos en Danzick, en Modlin, en Varsovia, y con muchos regimientos polacos, ascendía este ejército en totalidad á unos setenta mil hombres, dignos camaradas de los franceses, amándolos y siendo amados por ellos, y llevando hasta la rabia el odio á los rusos. Allí estaba la verdadera Polonia: también estaba en la grande y patriótica ciudad de Varsovia, y en otras dos ó tres ciudades del gran ducado, siendo muy fácil despertarse entusiasmo. Pero no se lisonjeaba Napoleon de levantar á la nacion por virtud de una conmocion general, súbita, eléctrica y que pudiera obrar prodigios, recordando el año de 1807, en que, á pesar de la novedad y del impetu de esperanzas á la sazón indefinidas fueron tan escasas las results. No prometiéndose de los polacos todo lo que necesitara de ellos, no quería prometerles todo lo que pudieran apetecer, y por ejemplo, no pensaba comprometerse á exigir de Rusia su restablecimiento en cuerpo de nacion, sino en el caso de que le ayudasen á vencerla completamente. Contaba mas que nada con la posibilidad de dar incremento al ejército polaco, de elevarlo á ciento cincuenta y quiza á doscientos mil hombres y de rehacer á la nacion por tal medio. Esto era practicable sin duda, pues la valiente raza de los polacos aun podia suministrar en la pequeña nobleza excelentes oficiales, en el pue-

blo excelentes soldados y en número muy considerable, bien que bajo una condicion á pesar de todo, la de suplir los gastos de esta organizacion por la arruinada Polonia. Para ello se necesitaba gastar cincuenta y aun quizá cien millones, reunir en un solo cuerpo á cuantos polacos hubiera en vez de diseminarlos en la inmensidad del ejército francés, y emplear toda una campaña en engrasarle con cien mil reclutas, sacados del Vístula al Niemen. Por desgracia no era probable que, viniendo Napoleon desde tan lejos, se quisiera limitar al papel de instructor de los polacos y se aviniera además á destinar á este uso una parte de sus economías. No teniendo los poderosos recursos del crédito, no proporcionándose recursos rentísticos sino á fuerza de orden, necesitando alimentar á ejércitos inmensos, vino á ser casi avaro. Se le habia visto negar á su hermano José sumas que facilitarían infinitamente la sumision de España, quejarse ácremente de Murat, de Gerónimo, de Luis, á causa de reglamentos de contabilidad, cuya importancia no parecia merecerlo, y se puede decir que era tan pródigo de la sangre de los pueblos como económico de su dinero, muy al cabo de que casi aman tanto la una como el otro. Dudoso era pues que hiciese por la reconstitucion de Polonia el principal esfuerzo, el de gastar dinero, esfuerzo que fuera el mas eficaz, pues, formado un ejército, casi se ha formado una nacion.

Sin esperar Napoleon mucho de Polonia, se lijoseaba no obstante de que, al ruido de expedicion tan vasta, acometida al parecer por ella sola, se podria excitar en su seno un patriótico empuje, y sacarla al menos hombres y dinero. De con-

siguiente se hallaba resuelto á no perdonar manera de provocar semejante empuje, salvo una cosa á pesar de todo, la de comprometerse irrevocablemente en una lucha á muerte contra Rusia, á menos que la Polonia obrase maravillas, pues, aun lanzándose á esta guerra, su buen sentido, tardo por desgracia, le decia ya, y tal vez demasiado, que no convenia hacerla implacable. Se complacia en creer que un golpe brillante como el de Austerlitz, el de Jena, el de Friedland, pondria al emperador Alejandro á sus plantas, y podria proporcionarle la paz continental y marítima muy pronto. No temia, como se ha dicho algunas veces, la libertad de los polacos, porque la libertad empezaba ya á no meterle miedo despues de sofocarla totalmente en Francia. Mas el compromiso de no firmar mas que una paz triunfal, como se necesitara para obtener de Rusia y Austria el restablecimiento de la Polonia, no lo queria contraer con nadie, pues no lo habia contraído con él la fortuna. Bajo el influjo de estas disposiciones algun tanto inciertas, y que desgraciadamente las podian producir semejantes en los polacos, resolvió elegir un hombre distinguido para enviarle con titulo de embajador á Varsovia, lo cual era sin duda una primera declaracion harto explicita de que miraba el gran ducado de Varsovia como un nuevo Estado, no simplemente anejo á Sajonia, sino con propia existencia y en aptitud de llegar á ser el antiguo reino de Polonia. Este personage debia dirigir á los polacos, impulsarlos á confederarse, á levantarse en masa, á reunirse en una dieta general y en dietinas, á duplicar, á triplicar el ejército del principe Poniatowski, á enviar á todas las provincias mas antigua-

mente desmembradas de Polonia, como la Lithuania y la Volhynia, emisarios para excitarlas al mismo movimiento, aplazando no obstante estos procedimientos en Galitzia, á causa de que era menester contemplar como aliada á la córte de Viena. Este embajador, encargado de reconstituir la antigua Polonia, debia ser un personage de nota, tan idóneo para inspirar cordura como osadía, capaz de adquirir un gran ascendiente, y cuyo solo nombre indicara la importancia de la empresa, que debia dirigir por especial encargo. Para mision tan ardua pensó Napoleon en Mr. de Talleyrand, y aun que este personage indolente y burlon no tuviese todo el calor que para tal papel se requeria, estaba perfectamente elegido, pues, prescindiendo de que durante su vida lo habia sido todo, hasta revolucionario y todavía podia serlo, tenia un arte para adular las pasiones, una destreza para manejarlas, una grandeza personal, que le hubieran hecho entonces el verdadero restaurador de Polonia, dado caso de que pudiera ser restaurada. A todas estas dotes añadía una conveniencia que no debia ser desdeñada, y era la de figurar como confidente, como favorito hasta la infidelidad de la córte de Viena, y por tanto debia inquietar menos que otro alguno á esta córte en el desempeño de una mision delicada, especialmente por causa de ella. Mas por este mismo lado fracasó el proyecto, pues, con una especie de impaciencia poco digna de él, cometió en Viena sobre este asunto, ora por darse importancia, ora por hacerse bien quisto, indiscreciones, que desagradaron singularmente á Napoleon, despertaron en su ánimo nuevas desconfianzas, y le determinaron de esta suerte á privar-

se de un instrumento precioso. De consiguiente renunció á la idea de valerse de Mr. de Talleyrand, y llegado á Dresde, buscando alguien en su rededor á quien enviar á Varsovia, fijóse en un arzobispo, á causa de convenir bien un sacerdote á la católica Polonia. Este arzobispo fué el de Malinas, Mr. de Pradt. Dificil era escoger hombre que tuviese mas talento y menos maña. Sin consecuencia, sin tacto, sin el arte de moverse entre los partidos, sin ninguno de los conocimientos administrativos con que hubiera convenido ayudar á los polacos, solamente capaz de chispeantes agudezas, y ademas harto miedoso, no podia ofrecer mas resultado que el de añadir á la confusion de un levantamiento patriótico la propia confusion de su talento. Pero Napoleon, muy restrictivo en elecciones de hombres para destinarlos á un pais libre, hallando á la mano á Mr. de Pradt, por haber llevado consigo su limosneria, llamó á este prelado de pronto, le anunció su mision, y trazóle el giro y el objeto de ella en tono breve é imperioso, si bien con una sinceridad perfecta. Le dijo que iba á procurar reducir á menos grandeza, á menos ambicion, á menos soberbia, al coloso ruso, aunque sin la pretension de destruirle. Con tales designios era cosa indicada rehacer la Polonia, pero bajo condicion de que la Polonia concurriera vigorosamente á rehacerse por sí misma, y le suministrara los medios de vencer á Rusia, de vencerla bastante por completo para que se viese obligada á consentir en empresa semejante. Por qué medios lograria batir á una potencia que tenia por refugio la inmensidad del espacio, y que no perdía gran cosa en abandonar territorio, pues era territorio sin cultivo y sin

habitantes, ni tenia que decirlo, ni aun se habia fijado definitivamente en la manera de llevarlo á remate. Quizá descargaría un golpe tremendo y acabaría la guerra dentro de algunos meses. Mas esto no era posible si el enemigo no aparecía bastante cerca para herirle en el corazón. Si la suerte se presentaba menos propicia, se establecería en los límites de la Vieja Polonia, se ocuparía en organizarla, le pediría doscientos ó trescientos mil hombres, les agregaría cien mil de los suyos, y les dejaría el cuidado de apurar la constancia y los recursos de Rusia. En ambos casos, y especialmente en el postrero, habia necesidad de que la Polonia mostrase un grande empuje, que diese su sangre con abundancia, pues solo con la suya no podía Francia volverla á la vida. Además de mucho empuje se necesitaba mucha prudencia respecto del Austria, propietaria de la Galitzia, y no bien dispuesta á desprenderse de ella, portarse de consiguiente con tanta cordura como audacia, de modo que no se hiciera fracasar la empresa á los principios. Mas se necesitaba sobre todo de entera adhesión por parte de Polonia, pues los esfuerzos que él hiciera por ella siempre serian proporcionados á los que ella hiciera por sí misma. Partid, señor arzobispo, añadió Napoleon, partid sin demora, gastad mucho, animad á todos los corazones, haced que Polonia se ponga á caballo sin indisponerme con Austria, y habreis comprendido y desempeñado vuestra comisión perfectamente. Dicho esto, despidió al arzobispo sin dejarle tiempo de alegar objeciones, que no pensaba en oponer á la verdad, aunque despues haya hecho alarde de lo contrario. Partió el arzobispo, asustado y desvane-

cido á la vez por su tarea, pues tenia ambicion de ser en su tiempo uno de los grandes políticos de que el clero suministró en otros dias modelos tan imponentes; pero carecía de la paciencia y del valor que reclamaban los papeles que tomaba á cargo, y no bien los empezaba, le acometía el disgusto y el miedo. Se le anunciaron ricas dotaciones, y se le previno que inmediatamente se pusiera en camino para Varsovia. Su nombramiento fué tan repentino que no tenia á su disposición ninguna de las cosas indispensables para dar brillo á una embajada: tomó dinero prestado, tomó servidumbre, secretarios, y se encaminó á su destino.

Oportunísima era para las dificultades del momento la orden que se le habia dado de contemplar á Austria al par que trabajaba por exaltar el espíritu de los polacos. Efectivamente Austria, que se tenia entonces bajo la mano, hallándose en Dresde el emperador y su primer ministro, no se mostraba anhelante por concurrir á la reconstitucion de la Polonia. Sin embargo, en su interés estaba, y quizá por primera y última vez era posible la tal empresa: además Prusia y Rusia habian perdido y debian perder mas que ella en territorio, y al cabo la Iliria era una buena compensación por la Galitzia. Pero oprimida por Napoleon entonces, natural era que Austria pensase muy poco en crearse barreras contra Rusia: por otra parte desconfiaba de la compensación que se le destinaba. Con efecto, Napoleon, que la hacia esperar la Iliria, podría muy bien tomar la Galitzia, y luego no restituirla en Iliria mas que pedazos que distasen mucho de indemnizarla. Tan maltratada habia quedado en los ajustes del siglo, sobre todo cuando Napoleon

fué autor de ellos, que no tenia el menor deseo de verse en el caso de tratar con él nuevamente sobre cuestiones de territorio. Asi sobre este asunto su lenguaje era frio, evasivo, dilatorio, y conociendo Napoleon que muy pronto la iba á tener á su fianco y á su espalda, la prodigaba contemplaciones, y todo lo aguardaba de una deidad, de la cual tenia costumbre de aguardarlo todo, la victoria.

Ya habia dedicado Napoleon unos quince dias á estos diversos negocios, y se disponia á partir cuando el rey de Prusia, despues de acelerar sus preparativos de viage, apareció en Dresde, para completar allí la afluencia de cortesanos con corona. Su llegada fué el 26 de mayo, y se le recibió con los miramientos debidos á su carácter, respetable, aunque falseado por una dura necesidad, y á su categoria, muy elevada aun entre los reyes, á pesar de los infortunios de Prusia.

Con sinceridad le habló Napoleon de sus proyectos, entre los cuales no entraba la destruccion de Prusia de ningun modo, aunque se dijese asi en Berlin y en toda Alemania, destruccion, sin embargo, que seria un hecho al instante, si tenia la razon mas leve para desconfiar de una potencia, cuyo territorio era la base indispensable de sus operaciones. Sobre este punto llegó á tranquilizar á Federico Guillermo y á su canciller Mr. de Hardenberg, y á persuadirles de que la ocupacion de Spandau, de Pillau, era consecuencia, no de una segunda intencion, sino de una prudencia naturalísima al aventurarse tan lejos y por entre poblaciones tan trabajadas por el espíritu mas hostil: se excusó de los males causados á los súbditos del rey, alegando la urgencia y la necesidad, y consintien-

do en que figuraran en la cuenta abierta con Prusia todos los suministros arrancados á los habitantes por los cuerpos en marcha; finalmente, prometió al rey y á su ministro una amplia compensacion territorial, si la guerra era venturosa. Asi y todo, á pesar de la claridad de su lenguaje, tan lleno de franqueza como de altanería, no logró dar al rey ni al ministro aquella seguridad completa de que necesitaban para ser sinceros, y que por otra parte no podia inspirar un conquistador tan ejecutivo y versátil en sus proyectos que, desde su aparicion en el mundo, imponia cada año una nueva faz al continente europeo. Sin embargo, el rey Federico Guillermo, que habia determinado retirarse á Silesia, para no estar en Postdam bajo el cañon de Spandau, ni en Berlin bajo la autoridad de un gobernador francés, consintió en no abandonar su real morada, á fin de mostrar una confianza en su aliado que debia influir de un modo favorable sobre el espíritu de los pueblos. El rey presentó á Napoleon su hijo, se le ofreció como ayudante de campo, y pareció menos triste que de costumbre, aunque rodeado, en esta prodigiosa asamblea de príncipes, de menos atenciones que las que merecia y que el mismo Napoleon le dedicaba. Reyes ó pueblos, los hombres se muestran poco generosos respecto del infortunio, y no tributan homenajes mas que á la fuerza, á la gloria, al fausto. Les conmueve como un espectáculo la desventura desgarradora, y la triste y discreta les halla frios, indiferentes y solícitos por evitarla. No otro era el presente caso, y tal príncipe, de los que se habian vendido á Napoleon por territorios, hallaba mal que Federico Guillermo hubiera abrazado la

alianza de Francia por salvar los restos de su corona. Con todo, manifestábase mesura, estando ante un señor temible, que no hubiera consentido ninguna inconveniencia á su vista. Se limitaba todo á descuidar el infortunio y á sacrificar ante la fortuna, en medio de un tumulto inaudito de idas y venidas, de fiestas y posternaciones, á las cuales, para completar esta escena extraña, no faltaban ni los votos secretos contra el que era objeto de todos los homenajes, ni los cuchicheos, secretísimos de igual modo, sobre los peligros á que se iba á exponer muy en breve.

A su fin tocaba el mes de mayo, iba á comenzar la estacion de las operaciones militares, y convenia poner término á esta representacion, que se prolongara inútilmente, habiendo ya producido todo el efecto político que se podia esperar de ella. Además Mr. de Narbonne acababa de llegar de Wilna tras el desempeño de la mision que le fué confiada cerca del emperador Alejandro. De allí traia el convencimiento de lo inevitable de la guerra, á no ser que se renunciase á las exigencias impuestas relativamente á la cuestion mercantil, y que se prometiese la evacuacion de los Estados prusianos dentro de un plazo muy breve. Afirmaba que, triste pero resuelto, sostendria el emperador obstinadamente la lucha y se retiraria si era forzoso á las profundidades de su imperio, mas bien que concluir una paz de esclavo, como hasta el presente la habian concluido todos los monarcas de Europa; y que de consiguiente habia que aguardar una guerra seria, probablemente larga, y de seguro muy sangrienta. Por lo demas afirmaba que el emperador Alejandro no tomara la iniciativa de

las hostilidades. Aunque, segun se acercaba Napoleon á la dificultad, conociera mejor su magnitud, nada habia en los informes de Mr. de Narbonne capaz de hacerle variar de designio. A la sazón todavía rebosaba de esperanza respecto de la Puerta y de Suecia; parecia satisfecho de la sumision de los principes germánicos, y especialmente de los dos principales, el emperador de Austria y el rey de Prusia. Engañado, á pesar de su sagacidad profunda, por la aparente deferencia de estos soberanos, grandes y pequeños, por sus protestas de adhesion, por la afluencia de los mismos pueblos, á quienes una ardiente curiosidad habia atraído á su paso, creia que todo lo seguiria avasallando en el continente y que concurririan á sus miras las fuerzas reunidas de Europa. Solo una cosa le sorprendia, sin embarazarle á pesar de todo, y era la resolucion de Alejandro, que no esperaba hallar tan constante y tan firme como se le pintaba; pero se lisonjeaba de desvanecérsela muy pronto con algun gran golpe descargado sobre el ejército ruso. A mayor abundamiento, de cuanto le significó Mr. de Narbonne, lo único que le interesaba de lleno era la declaracion reiterada de Alejandro de que la agresion no seria suya y de que, antes de que obrara, dejaria violar su frontera. Esta declaracion daba á Napoleon una seguridad completa respecto de la terminacion pacífica de sus movimientos preparatorios, y por tanto ya no abrigaba la menor duda sobre tener todo el tiempo necesario para moverse del Vistula al Niemen. Mas juzgó ser llegado el momento de la partida, por necesitar desde el 1.º al 15 de junio para trasladar su ejército de un rio á otro, sobre todo no queriendo

marchar precipitadamente. Decidió, pues, salir de Dresde el 29 de mayo, para dirigirse al Niemen por Posen, Thorn, Danzick y Koenigsberg. Después de colmar á su suegro de contemplaciones filiales del todo, á su suegra de exquisitas atenciones y de magníficos regalos, y de reducir á menudo la conocida mala voluntad de esta princesa á una inconsecuencia risible; después de dar testimonio de los miramientos mas cabales al rey de Prusia, de la mas cordial amistad á su huésped, el rey de Sajonia, y de una cortesía altanera, si bien grata, á sus reales visitantes, abrazó á la emperatriz con emoción, y la dejó mas afligida que se pudiera suponer de una esposa que la política habia elegido, pero que se enamoró pronto de la persona, del poderío, y de la extremada bondad con que la trataba su glorioso consorte. Se convino en que iría á vivir á Praga, al seno de su familia, á olvidar entre fiestas, homenajes y recuerdos de infancia, esta primera separación, que entonces no parecia capaz de soportar por largo tiempo.

Después de estas despedidas, abandonando Napoleón á la emperatriz las pompas de la corte, tomando para sí una comitiva esencialmente militar, haciendo que le siguieran Mrs. de Caulaincourt, Berthier, Duroc, dejando en Dresde á Mrs. de Basano y Daru con el fin de que terminaran algunos negocios, salió para Posen el 29 de mayo, divulgando el rumor de que iría á Varsovia, sin pensar en ello de ningún modo. Efectivamente no queria contraer compromisos personales con los polacos hasta saber lo que podia conseguir de ellos; pero queria dejarles esperanzas indefinidas, y per-

suadir al mismo tiempo al enemigo de que sus primeros esfuerzos se dirigirian sobre Volhynia, mientras pensaba dirigirlos de manera diametralmente opuesta.

Llegado á Glogau y luego á Posen halló en todas partes la huella reciente de los sufrimientos que sus tropas habian causado á las poblaciones. Resignándose respecto de los que habian experimentado los prusianos, mostróse menos indiferente respecto de los sufridos por los polacos, necesitando excitar su celo y no su odio. En Thorn se sublevó él mismo contra los excesos cometidos por los wurtembergeses, los bávaros y en general los alemanes que, menos blandos que los franceses y achacando la culpa de la presente guerra á los polacos, devastaron y saquearon sin compasión todo el ducado de Posen. Napoleón dirigió graves cargos al mariscal Ney, que mandaba á los wurtembergeses, y al príncipe Eugenio que mandaba á los de Baviera, trató muy duramente al príncipe hereditario de Wurtemberg que mandaba sus propias tropas, y clamó sobre que le iban á atraer una guerra de Portugal con talar los países que el ejército atravesaba ¿Qué seria cuando se hallara en los países ya devastados por el enemigo?

Aunque tal vez hubiera algo que censurar en la conducta de los gefes que motivaron sus reprobaciones, tenían una excusa que hacer valer en la longitud de las marchas á que necesitaban dar cima, y para las cuales apenas habia sido bastante el tiempo prescripto aunque largo. Viniendo el príncipe Eugenio con los italianos y los franceses desde Verona y con los bávaros desde Augsburgo, y el mariscal Ney desde Maguncia con la mayor

parte de sus tropas, hubieron de pasar trabajos para satisfacer las necesidades de su gente, y no pudieron conseguirlo sino á costa de los países por donde habian cruzado. Sus apuros se acrecentaron sobremanera de resultas de la numerosa artillería con que Napoleón les habia provisto, y mas que nada de resultas de los enormes carros para la conduccion de víveres. Juzgóse que la especie de carro destinado á sustituir al antiguo cajón de infantería, era harto pesado para las fangosas llanuras de la Lithuania, y se preferian los carros ligeros llamados de violin. Abandonábanse, pues, los primeros y se reemplazaban con los segundos, al menos en cuanto se podia. Cargando el mariscal Davout con mucha responsabilidad por su parte, ya habia mandado construir carros de violin en cantidad grande, y á mayor abundamiento sirvióse de carros del país, mediante el oportuno pago. Aun se tocaron otros desengaños. Los bueyes, con que se probó á reemplazar los caballos, no ofrecian al parecer tantas ventajas como se creyó en el principio: eran difíciles de herrar, difíciles de conducir, por consecuencia de su aglomeracion, contraian enfermedades peligrosas, y así venian á ser un alimento muy mal sano, cuando se destinaban á este uso. Por último, los batallones del tren, tropa especial, encargada de un trabajo ingrato y peligroso en los países que habia de cruzar, fueron llenos de reclutas apenas formados y que apenas tenian aun las cualidades de su arma. De consiguiente ya habia no pocas ilusiones reconocidas por tales, ora en el valor, ora en la extension de los medios imaginados por Napoleón para vencer el grande obstáculo de las distancias. Una

porcion de carros retrasados, procedentes unos de Italia, otros del Rhin, obstruian los caminos de Alemania, abrian hondos carriles en ellos, ó sellenaban de numerosos caballos muertos como destinados muy jóvenes á un servicio tan duro. Suplidos eran con los caballos que se tomaban á los naturales, dándoles honos contra Prusia en pago. Por lo demas, se lisonjeaba con que un alto de algunos dias junto al Niemen permitiria que esta larga fila de carros llegase y diese principio detras del ejército al servicio de víveres, segun se tenia dispuesto. Por fortuna, la excelente navegacion del Friche-Haff, organizada por el mariscal Davout, debia bastar al transporte de los almacenes generales del ejército hasta el Niemen, pues hasta allí no los hubiera podido trasportar por tierra ninguna fuerza viva.

Tumulto inaudito presentaba la ciudad de Thorn, donde Napoleón llegó el 2 de junio, despues de emplear cuatro dias en visitar á Glogau, Posen y los puntos intermedios. La juventud mas elegante de entonces, perteneciente á la moderna y á la antigua nobleza, habia querido esta campaña, cuyo peligro avaloraban no mas que los hombres sesudos, bien que, ejecutada á la vista de Napoleón y con inmensos recursos, prometia á los espíritus ligeros las mas brillantes victorias y las mas espléndidas recompensas. A oír á esta juventud aturdida, se caminaba á segurísimos triunfos, se iba á conquistar las capitales del Norte y aun quizá del Oriente, á visitar como vencedores á San Petersburgo, á Moscou, y quién sabe cuantos otros puntos. Para estos viages maravillosos se habian provisto de ricos equipages, y era grande el nú-

meros de viageros. Efectivamente, además del estado mayor de Napoleón, había el del mayor general Berthier, el del rey Murat, el del rey Gerónimo, el del príncipe Eugenio, y los de los mariscales Davout, Ney, Oudinot, etc.: había ayudantes de campo de ayudantes de campo, pues los oficiales del emperador tenían á sus órdenes otros oficiales. Estando destinado el cuartel general á centralizar bajo la mano de Napoleón una porción de servicios, comprendía por sí solo muchos miles de hombres, muchos miles de caballos y una prodigiosa cantidad de carros. Esta confusión se acrecentaba con la diversidad de naciones y de idiomas, pues se hablaba al mismo tiempo francés, alemán, italiano, español, portugués, á habitantes que no sabían mas que polaco. Así llegó á un exceso espantoso aquel sistema militar y pomposamente monárquico creado en torno de Napoleón, y esto en el instante en que se necesitaba mas que nunca ir equipados á la ligera. A Napoleón ensordeció é irritó el tumulto de Thorn, alarmándole los apuros que la afición al lujo de unos y la prevision de otros iban á multiplicar en su camino. Ordenes rigurosas expidió para aligerar lo posible la carga que al parecer se echaban encima con gusto. Hizo diversos reglamentos sobre el número de carros que, según su categoría de rey, de príncipe, ó de mariscal, podía llevar cada uno; dividió su cuartel general en grande y pequeño, uno que debía seguir á distancia el teatro móvil de las operaciones militares, y otro mas ligero compuesto de algunos oficiales y de algunos objetos indispensables, destinado á seguirle á todas partes y á dormir con él cerca del enemigo. Redujo los estados mayo-

res de los reyes y príncipes que servían bajo su mando, y obligó á retroceder camino á una tropa de diplomáticos que los monarcas aliados suyos eligieron entre los mas perspicaces de su carrera para que siguieran al grande ejército y les tuvieran al corriente de los sucesos todos. Napoleón esmeróse en segregar estos testigos, tan molestos por su curiosidad como por su aparato, y prohibióles acercarse al cuartel general en un radio de veinte leguas.

Después de estas severidades muy razonables, bien que inútiles de allí á poco relativamente á los estados mayores, ocupóse en limitar los trasportes del ejército á lo estrictamente necesario. No queriendo llevar consigo mas que los viveres indispensables para los hombres y para la caballería, decidió poner al verde á todos los caballos de tiro, no mas que harina ó pan quiso que llevaran los carros, para cada cuerpo destinó un número fijo de ellos, y además cierta cantidad de ganado para matarlo á cada jornada. De esta suerte esperaba que para vivir no se desbandarian de noche, y que todos marcharian agrupados en rededor de su bandera. Para el 6 de junio fijó el movimiento del Vistula al Niemen. Formando el rey Gerónimo la derecha, con los sajones á las órdenes de Reynier, con los polacos á las de Poniatowski, con los wurttembergeses bajo su mando directo, debía adelantarse por Pultusk, Ostrolenka, Goniondz, sobre Grodno. Solo Reynier, desviándose algo de esta direccion hácia la derecha, estaba encargado de remontar el Bug, para dar la mano á los austriacos. Formando el centro el virey Eugenio, con los bávaros á las órdenes de Saint-Cyr, con el ejército

de Italia bajo sus órdenes inmediatas, debía partir el 6 de Soldau, donde se habia dirigido al salir de Plock para pasar por Ostelsburgo, Rastenburgo, Oleskow y desembocar en el Niemen por las cercanías de Prenn, cruzando asi las mas tristes provincias de Polonia. Los mariscales Oudinot, Ney, Davout, la Guardia, componiendo la izquierda del ejército y su masa mas importante, debian remontar los caminos de la Vieja Prusia, adelantarse paralelamente, bien que por diversas vias, de manera de no estorbarse unos á otros, y de llegar á las márgenes del Niemen desde Tilsit á Kowno: Ney: pasando por Osterode, Schippenbeil, Gerdaun: Oudinot por Marienwerder, Liebstadt, Eylau, Vehlau; Davout por Elbing, Braunsberg, Tapan. Orden tenian la Guardia y los parques de mantenerse á retaguardia, y á cierta distancia, con el fin de evitar acumulaciones. Con su habitual profundidad en combinar habia calculado Napoleon que, siendo el cuerpo del mariscal Davout el que estaba mas á la izquierda y á causa del recodo que forma el Vistula partiendo de Bromberg hácia el Norte, se hallaria mas cerca de Koenigsberg y en aptitud de hacer frente al enemigo con noventa mil hombres, si contra todas las verosimilitudes tomaban los rusos la iniciativa. Contaba con que linea á lo largo del Niemen, y que, con tres ó cuatro dias de descanso, ya podrian el 20 entrar en operaciones. Despues de expedir sus últimas órdenes y de ver partir las excelentes tropas del mariscal Ney, y de inspeccionar en Marienwerder las de Oudinot que no eran menos hermosas, dirigióse por Marienburgo á Danzick, donde tenia que exa-

minar muchos objetos y que platicar ademas con sus lugartenientes Davout y Murat, pues ya hácia dos ó tres años que no se hallaba con uno ni otro.

En Marienburgo, junto al Vistula, fué donde Napoleon vió al mariscal Davout á la hora en que este iba á partir para Koenigsberg á tomar la cabeza del movimiento. No fué la acogida conforme á la antigua confianza que siempre tuvo Napoleon en el gran talento y sólido carácter del mariscal ilustre. Indicadas merecen ser las causas de semejante resfriamiento.

Acababa el mariscal Davout de ejercer un vasto mando. Fuera del cuidado de bloquear todas las costas del Norte, fiado no menos á su probidad que á su severidad, tuvo el encargo de organizar el ejército y lo desempeñó con una superioridad que, aparte Napoleon siempre, no pertenecia en aquella época mas que á él y al mariscal Suchet. Hasta trescientos mil hombres tuvo á sus órdenes á un mismo tiempo, y gracias á los admirables cuadros y á una aplicacion constante, convirtiólos, no en soldados hechos que supieran marchar, alimentarse y combatir, sino en reclutas bien instruidos, notables por su perfeccion en las manobras, y atrevidos como la juventud. Por lo que hace al cuerpo de Davout propiamente dicho, compuesto de los mas veteranos de Europa en gran parte, formado actualmente de cinco divisiones, y presentando con la artillería y la caballería un ejército de cerca de noventa mil hombres, jamás se habia visto en el mundo nada mas excelente. Todo estaba alli calculado bajo el aspecto del equipo, del armamento, de la subsistencia, para ir á las extremidades de Europa. Ademas de sus muni-